

TERCERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO.

CÓMO DOS AMIGOS SE CONVIERTEN EN ENEMIGOS.

Entre tanto Aldegonda, habiendo oído á su amo gritar y habiendo hallado la puerta cerrada, habfa ido á llamar la guardia.

Pero antes que estuviese de vuelta, Felipe y Charny habfan tenido tiempo para encender un fuego brillante con los primeros números de la *Gaceta*, y luego, para arrojar en él sucesivamente laceradas las otras hojas, las cuales ardían como pólvora así que tocaban la llama.

Hallábanse los dos ejecutores á los últimos números, cuando apareció la guardia tras de Aldegonda en el extremo del patio, y al mismo tiempo que la guardia, cien galopos con otras tantas comadres.

Cuando principiaba á arder el último número de la *Gaceta*, resonaron en el piso del vestíbulo las culatas de los primeros fusiles.

Por fortuna, Felipe y Charny conocían el camino que Reteau les había mostrado imprudentemente; de consiguiente tomaron el pasadizo secreto, echaron los cerrojos, pasaron la verja de la calle de los Viejos Agustinos, cerraron aquella verja con triple vuelta de llave y arrojaron esta en la primera alcantarilla que hallaron.

Durante este tiempo, Reteau, que había quedado libre, gritaba: ¡ Socorro! ¡ Al asesino! Y Aldegonda, que veía los vidrios inflamarse con los reflejos de los papeles ardiendo, gritaba: ¡ Al fuego!

Llegaron los fusileros; pero como hallasen que los dos jóvenes habían partido y que el fuego estaba apagado, no creyeron oportuno llevar más lejos sus investigaciones, dejaron á Reteau lavarse las espaldas con aguardiente alcanforado, y se volvieron á su cuerpo de guardia.

Pero el gentío, que es siempre más curioso que la guardia, permaneció hasta cerca de las doce en el patio de Reteau, esperando que se renovaría la escena de la mañana.

Aldegonda blasfemó, en medio de su desesperación, contra el nombre de María Antonieta, llamándola la Austriaca, y bendijo el de Cagliostro, llamándole el protector de las letras.

Cuando Taverney y Charny se hallaron en la calle de los Viejos Agustinos, dijo Charny:

— Caballero, ahora que está terminada nuestra ejecución, ¿ puedo esperar que tendré la dicha de servirlos en algo?

— Mil gracias, caballero; iba á haceros la misma pregunta.

— Gracias; yo había venido por asuntos particulares, que probablemente me retendrán en París parte del día.

— Y yo también, caballero.

— De consiguiente, permitid que me despida y me felicite del honor y la felicidad que he tenido en encontraros.

— Permitidme que os haga el mismo cumplimento, y que añada mi sincero deseo de que el negocio que os ha traído se termine á medida del vuestro.

Y ambos se saludaron con una sonrisa y una urbanidad á través de las cuales era fácil ver que en todas las palabras que acababan de cambiarse, sólo habían estado en juego los labios.

Al separarse, ambos se volvieron la espalda, subiendo Felipe hacia los baluartes, y bajando Charny en dirección del Sena.

Ambos volvieron dos ó tres veces la cabeza hasta que se perdieron de vista. Entonces Charny, que, como hemos dicho, se había dirigido hacia el río, tomó la calle Beaurepaire, y después la del Zorro, luego la del Grand-Hurlleur, la de Juan Roberto, la de Gravilliers, la de Pastourel, la de Anjou, de Perche, Culture-Sainte-Catherine, San Anastasio y San Luis. Allí, descendiendo por toda la calle, se adelantó hacia la calle Nueva de San Gil; pero á medida que se aproximaba, se fijaba su vista en un joven que venía subiendo por la misma calle de San Luis, y á quien creía reconocer. Paróse dos ó tres veces dudando, pero bien luego se disipó su duda, pues el que venía era Felipe.

Felipe que, por su parte, había tomado la calle Mauconseil, la calle aux-Ours, la del Grenier-Saint-Lazare, la de Michel-le-Comte, la de las Vieilles Audriettes, la del

Homme-Armé, la de los Rosales, había pasado por delante del hotel de Lamoignon, y por último había desembocado en la de San Luis, en la esquina de la calle del Egout-Sainte-Catherine.

Los dos jóvenes se hallaron juntos á la entrada de la calle Nueva de San Gil; ambos se pararon, y se miraron con unos ojos que probaban que esta vez no se tomaban la molestia de ocultar su pensamiento.

Cada uno había tenido, esta vez también, el mismo pensamiento, que era el ir á pedir una satisfacción al conde de Cagliostro.

Habiendo llegado allí, ninguno de los dos podía dudar del proyecto de aquél en cuya presencia se hallaba de nuevo.

— Señor de Charny, dijo Felipe, os he dejado el vendedor, y podríais muy bien dejarme á mí el comprador. Os he dejado dar bastonazos, dejadme á mí dar estocadas.

— Caballero, creo que me habéis hecho ese obsequio porque he llegado el primero, y por nada más, respondió Charny.

— Sí, pero aquí, replicó Taverney, llevo al mismo tiempo que vos, y os digo desde luego que aquí no haré concesiones.

— ¿Y quién os dice que yo os las pido, caballero? Yo defenderé mi derecho, y punto concluído.

— Y según vos, vuestro derecho, señor de Charny.....

— Es hacer que el señor de Cagliostro quemé los mil ejemplares que ha comprado á ese miserable.

— Debéis recordar, caballero, que fui yo el primero á quien ocurrió la idea de quemarlos en la calle Montorgueil.

— Pues bien; sea así; vos los habéis hecho quemar en la calle Montorgueil, yo haré que los rasguen en la calle Nueva de San Gil.

— Caballero, siento en el alma tener que deciros muy seriamente, que deseo ser el primero en habérmelas con el conde de Cagliostro.

— Todo lo que puedo hacer en vuestro obsequio, caballero, es dejar que lo decida la suerte; arrojaré al aire un ius, y el que gane de los dos tendrá el derecho de prioridad.

— Gracias, caballero; pero generalmente tengo poca suerte, y quizás sería bastante desgraciado para perder.

Y Felipe dió un paso adelante.

Charny le detuvo diciéndole:

— Una palabra, caballero, pues creo que vamos á entendernos.

Felipe se volvió con viveza, pues había en la voz de Charny un acento de amenaza que le agradaba.

— ¡ Ah, ah! dijo. ¡ Muy bien!

— Si para ir á pedir una satisfacción al conde de Cagliostro, pasásemos por el bosque de Boloma... sé bien que sería el camino más largo, pero creo que eso terminaría nuestro negocio. Uno de los dos quedaría probablemente en el camino, y el que volviese no tendría que dar cuenta á nadie.

— En verdad, caballero, que os anticipáis á mi pensamiento, dijo Felipe. En efecto, es el medio de conciliar todo. ¿ Queréis decirme en dónde nos debemos hallar?

— Si mi compañía no os es demasiado insoportable...

— ¿ Por qué ha de sérmelo?

— Podríamos no separarnos. He dado orden á mi coche

para venir á aguardarme en la plaza Real, que, como sabéis, está á dos pasos de aquí.

— Entoncos tendréis á bien darme un asiento en él.

Y los dos jóvenes que se habían sentido rivales á la primera mirada, y que se habían convertido en enemigos á la primera ocasión, echaron á andar á pasos largos para llegar á la plaza Real.

En la esquina de la calle del Paso-de-la-Mula percibieron el coche de Charny. Éste, sin tomarse el trabajo de ir más lejos, hizo una seña al lacayo, y, acercándose el coche, invitó á Felipe á entrar en él. El coche partió en dirección de los Campos Elíseos.

Antes de entrar en el coche, Charny había escrito dos palabras en su libro de memoria y mandado al lacayo llevarlas á su hotel de París.

Los caballos de Charny eran excelentes, y en menos de media hora se hallaron en el bosque de Bolonia.

Charny mandó parar el coche así que vió en el bosque un sitio conveniente; el tiempo estaba hermoso, el viento un poco vivo, pero ya el sol humedecía con fuerza el primer perfume de las violetas y los tiernos botones de los saúcos de las orillas de los caminos y las lindes del bosque.

Pero entre las hojas amarillentas del año anterior subía orgullosamente la yerba adornada con penachos movidos, y los alhelios amarillos dejaban caer sus perfumadas cabezas á lo largo de los muros.

— Hace un tiempo excelente para pasear, ¿no es verdad, señor de Taverney? dijo Charny.

— Sí, excelente, caballero.

Y ambos se apearon.

— Marchad, Delfín, dijo Charny á su cochero.

— Caballero, quizás hacéis mal en despedir vuestro coche, pues podría suceder que uno de los dos le necesitémos para volver, dijo Taverney.

— Ante todas cosas se necesita el secreto en todo este negocio, replicó Charny; y confiado á un lacayo, se expone á ser mañana la materia de las conversaciones de todo París.

— Como mejor os parezca, caballero; pero el perillán que nos ha conducido sabe ya de seguro de qué se trata. Esa clase de gente conoce demasiado los hábitos de los nobles para no sospechar que, cuando se hacen conducir al bosque de Bolonia, de Vincennes ó de Satory al paso á que nos ha traído, no es para dar simplemente un paseo. Así, repito que vuestro cochero sabe ya á qué atenerse. Ahora admito que no lo sepa; aun así, me verá ú os verá á vos herido, muerto tal vez, y eso será muy suficiente para que comprenda, aunque un poco tarde. ¿No vale más que se quede para llevar á aquél de nosotros que no pueda volver por sí mismo, que el quedar vos ó dejarme á mí en el embarazo de la soledad?

— Tenéis razón, caballero, respondió Charny; y volviéndose hacia el cochero, añadió:

— Delfín, parad; aguardaréis aquí.

Delfín había sospechado que le llamarían; por lo mismo no había acelerado el paso de sus caballos, y de consiguiente no se había alejado aun del alcance de la voz. Paróse pues, y como, según había previsto Felipe, sospechaba lo que iba á pasar, se acomodó en el pescante de manera que pudiese ver por entre los árboles, desprovistos aun de hoja, la escena en que le parecía que su amo debía ser uno de los actores.

Entretanto, Felipe y Charny se metieron poco á poco en el bosque y al cabo de cinco minutos se habían perdido, ó casi, en la media tinta azulada que coloreaba los horizontes.

Felipe, que iba delante encontró un sitio seco y duro, que formaba un cuadrilongo admirablemente apropiado al objeto que allí llevaba á los dos jóvenes.

— Salvo vuestro parecer, señor de Charny, dijo Felipe, me parece que este sitio es bueno.

— Excelente, caballero, respondió Charny sacándose su casaca.

Felipe sacó á su vez la casaca, arrojó al suelo su sombrero y desenvainó la espada.

— Caballero, dijo Charny, cuya espada estaba aun en su vaina, á cualquier otro que á vos, diría: Caballero, una palabra, si no de excusa á lo menos de dulzura y quedamos buenos amigos: pero á vos, á un valiente que viene de América, esto es, de un país donde se baten tan bien, no puedo...

— Y yo á cualquier otro, replicó Felipe le diría: Caballero, quizás he podido tener la apariencia de agraviaros; pero á vos, á ese bravo marino que la otra noche era objeto de adoración de toda la corte por un hecho de armas tan glorioso, á vos señor de Charny nada puedo decir, sino: Señor conde, hacedme el honor de poneros en guardia.

El conde saludó y desenvainó la espada.

— Caballero, dijo Charny, creo que ninguno de los dos tocamos á la verdadera causa de la querrela.

— No os comprendo, conde dijo Felipe.

— ¡Oh! al contrario, me comprendéis, caballero, y perfectamente; y como venís de un país donde no se sabe mentir, os habéis ruborizado al decirme que no me comprendíais.

— ¡En guardia! repitió Felipe.

Las espadas se cruzaron.

Á los primeros pases, Felipe advirtió que tenía sobre su contrario una superioridad notable; sólo que esa superioridad, en vez de aumentar su ardor, pareció enfriarlo completamente.

Como esa superioridad dejaba á Felipe toda su sangre fría, resultó que su manejo se fué haciendo tan sosegado como si se hallase en una sala de esgrima y tuviese en la mano un florete en lugar de una espada.

Pero Felipe se contentaba con parar, y hacía más de un minuto que duraba el combate sin que hubiese tirado aun una sola estocada.

— Me tratáis con consideración, caballero, dijo Charny, ¿puedo preguntaros con qué motivo?

Y ocultando una finta rápida, partió á fondo sobre Felipe.

Pero Felipe envolvió la espada de su adversario y paró la estocada aun con más rapidez que la de la finta.

Aunque la parada de Taverny había desviado de la línea la espada de Charny, Felipe no respondió.

Charny partió segunda vez á fondo, y Felipe separó aun su espada, pero con una simple parada, obligando á Charny á retirarse rápidamente.

Charny era más joven, y sobre todo más ardiente, y se avergonzaba sintiendo hervirle la sangre con la calma de su adversario; por lo que quiso forzarle á salir de aquella calma.

— Os decía, caballero, que ninguno de los dos había tocado á la verdadera causa del duelo.

Felipe no respondió.

— La verdadera causa voy á decíroslo: vos me habéis

suscitado una querella, porque esta viene de vos, y me la habéis suscitado por celos.

Felipe permaneció mudo.

— Vamos, dijo Charny acalorándose en razón inversa de la sangre fría de Felipe, ¿qué manejo es el vuestro, señor de Taverney? ¿Os proponéis fatigarme la mano? Ese sería un cálculo indigno de vos, ¡ voto á brios! ¡ Matadme si podéis, pero matadme en plena defensa!

Felipe agitó la cabeza, diciendo:

— Sí, caballero, la reconvección que me hacéis es justa; os he suscitado querella, y no he tenido razón.

— Ahora ya no se trata de eso, caballero; tenéis la espada en la mano, servíos de ella para más que para parar mis estocadas, ó si no me atacáis mejor, defendeos menos.

— Caballero, repuso Felipe, tengo el honor de deciros por segunda vez que no he tenido razón y que me arrepiento.

Pero Charny tenía la sangre demasiado inflamada para comprender la generosidad de su adversario, que tomó por una ofensa.

— ¡ Ah! exclamó: ya comprendo; queréis echarla de magnánimo conmigo, ¿ no es así, caballero? Esta noche ó mañana esperaréis decir á algunas bellas señoras que me habéis obligado á batirme y que me habéis dado la vida.

— Señor conde, dijo Felipe, temo verdaderamente que os volváis loco.

— Queréis matar al señor de Cagliostro para agradar á la reina, ¿ no es verdad? y para agradar aun más seguramente á la reina, queréis matarme á mí también, pero por el ridículo.

— ¡ Ah! ¡ esas son unas palabras que están de más! exclamó Felipe frunciendo el entrecejo. Y esas palabras me prueban que vuestro corazón no es tan generoso como yo le creía.

— ¡ Pues bien! ¡ atravesad este corazón! dijo Charny descubriéndose precisamente en el momento en que Felipe daba un paso rápido y partía á fondo.

La espada se deslizó á lo largo de las costillas y abrió un sulco sangriento bajo la camisa de fina batista.

— ¡ En fin estoy herido! dijo Charny gozoso. Ahora, si os mato, me habrá cabido el papel más hermoso.

— Vamos, decididamente, estáis loco rematado, caballero, dijo Felipe; vos no me mataréis y os habrá cabido un papel enteramente vulgar; porque habréis sido herido sin causa ni provecho, puesto que nadie sabrá por qué nos hemos batido.

Charny tiró una estocada recta tan rápida que costó mucho á Felipe el pararla á tiempo; pero al pararla, enganchó la espada de su adversario, y de una sacudida vigorosa la hizo saltar á diez pasos de él.

Lanzóse al punto sobre la espada y la despedazó de un talonazo.

— Señor de Charny, dijo, no teníais necesidad de probarme que sois valiente; ¿ conque tanto me detestáis que os batís contra mí con ese encarnizamiento?

Charny no respondió; y estaba visiblemente pálido.

Felipe le miró algunos minutos á fin de provocar de su parte una confesión ó una negativa.

— Vamos, señor conde, dijo, está echada la suerte: somos enemigos.

— Podéis hablar, señor, pues nadie nos escucha, dijo el caballero.

— Te hablo del negocio del baile.

— Ahora comprendo aun menos.

— Del baile de la Ópera.

Felipe se ruborizó, percibiéndolo el maligno viejo.

— Imprudente, dijo, tú haces como los marinos, que cuando tienen el viento favorable hinchán todas las velas. Vamós, siéntate ahí sobre ese banco y escucha mi moral, pues tengo buenas cosas que decirte.

— Señor, en fin...

— En fin, hay que tú abusas, que echas por el atajo, y que tú, tan tímido en otro tiempo, tan delicado y tan reservado, ahora la estás comprometiendo.

Felipe se levantó.

— ¿De quién queréis hablar, señor?

— ¡Pardiez! ¡de ella, de ella!

— ¿Quién es ella?

— ¡Ah! ¿tú crees que yo ignoro la escapatoria de los dos al baile de la Ópera? Es lindo.

— Señor, os protesto...

— Vamos, no te enfades, lo que te digo es por tu bien; tú no tienes ninguna precaución, y van á atraparte ¡qué diablo! Esta vez te han visto con ella en el baile, otra vez te verán en otra parte.

— ¿Me han visto?

— ¡Pardiez! ¿Llevabas un dominó azul, sí ó no?

Taverney iba á exclamar que él no tenía ningún dominó azul y que se engañaba, que no había estado en el baile, y que no sabía de qué baile quería hablar su padre; pero hay corazones á quienes repugna defenderse en ciertas circuns-

Felipe miró la carroza alejarse lentamente, y cuando la perdió de vista á la vuelta de una calle de árboles, tomó el camino más corto de París.

Luego, volviéndose por última vez y percibiendo el coche que, en vez de volver como él á París, tomaba el camino de Versalles y se perdía entre los árboles, pronunció estas tres palabras, palabras arrancadas de lo más hondo del corazón después de una profunda meditación:

— ¡Ella le compadecerá!

CAPÍTULO II.

LA CASA DE LA CALLE DE SAN GIL.

Á la puerta del guarda, Felipe halló un coche de alquiler y se metió en él.

— Calle Nueva de San Gil, dijo al cochero, y corriendo.

Un hombre que acaba de batirse y ha conservado un aire de vencedor, un hombre vigoroso cuya talla anuncia la nobleza, y cuyas formas revelan un militar, era más que lo necesario para estimular al buen hombre cuyo látigo, si no era, como el tridente de Neptuno, el cetro del mundo, no por eso dejaba de ser para Felipe un cetro importantísimo.

De consiguiente el automedón de veinticuatro sueldos recorrió el espacio y condujo á Felipe al hotel del conde de Cagliostro.

Este hotel tenía un exterior sumamente sencillo y una grande majestad de líneas, como la mayor parte de los edificios construidos en tiempo de Luis XIV, después de las labores de mármol y ladrillo amontonados por el reinado de Luis XIII sobre el Renacimiento.

En un espacioso patio de honor se balanceaba sobre sus suaves resortes una ancha carroza, con dos excelentes caballos.

El cochero estaba durmiendo en el pescante, envuelto en su vasta hopalanda de pieles de zorro, y dos criados, uno de los cuales traía un cuchillo de monte, se paseaban silenciosos sobre la meseta de la gradería exterior.

Prescindiendo de estos personajes en acción, ningún síntoma de existencia se notaba en el hotel.

Habiendo recibido la orden de entrar el fiacre de Felipe, á pesar de ser fiacre, llamó al suizo, el cual hizo rechinar al punto los goznes de la puerta maciza. Apeóse Felipe, lanzóse hacia la gradería, y dirigiéndose á un tiempo á los dos lacayos, preguntó :

— ¿ El señor conde de Cagliostro ?

— El señor conde va á salir, respondió uno de los lacayos.

— Entonces es una razón más para que yo me apresure, dijo Felipe, porque necesito hablarle antes que salga. Anunciad el caballero Felipe de Taverney.

Y siguió al lacayo con paso tan apresurado que llegó al salón al mismo tiempo que él.

— ¡ El caballero Felipe de Taverney ! replicó después del lacayo una voz varonil á la par que dulce.

— Decidle que entre.

Felipe entró bajo la influencia de cierta emoción que aquella voz tan sosegada había producido en él.

— Dispensad, caballero, dijo saludando á un hombre de alta estatura, de un vigor y una lozanía poco comunes, y que no era otro que el personaje que se nos ha aparecido ya en la mesa del mariscal de Richelieu, en la sala de la

cubeta de Mesmer, en el cuarto de la señorita Oliva y en el baile de la Ópera.

— ¡Dispensaros, caballero! ¿Y de qué? preguntó.

— De que voy á impedirlos el salir.

— Habría sido preciso dispensaros si hubieseis venido más tarde, caballero.

— ¿Por qué?

— Porque os estaba aguardando.

Felipe frunció el entrecejo.

— ¡Cómo! ¿me estabais aguardando?

— Sí, me habían advertido de vuestra visita.

— ¡De mi visita! ¿estabais advertido de mi visita?

— Sí, hace dos horas. Debe hacer ya hora y media ó dos horas, ¿no es verdad? que querfais venir aquí, cuando un accidente independiente de vuestra voluntad os ha forzado á retardar la ejecución de ese proyecto.

Felipe se apretó los puños, pues sentía que aquel hombre ejercía una extraña influencia sobre él.

Pero Cagliostro, sin percibir en lo más mínimo los movimientos nerviosos que agitaban á Felipe, le dijo:

— Os ruego que toméis asiento, señor de Taverney.

Y presentó á Felipe una poltrona que estaba delante de la chimenea.

— Esta poltrona se ha puesto aquí para vos, añadió.

— Dejémonos de chanzas, señor conde, replicó Felipe con una voz que trataba de hacer tan sosegada como la de su huésped, pero de la que no podía sin embargo hacer desaparecer un ligero temblor.

— Yo no me chanceo, caballero; os repito que os aguardaba.

— Entonces, dejémonos de charlatanismo, caballero;

si sois adivino, no he venido aquí á poner á prueba vuestra ciencia divinatoria; y si lo sois, tanto mejor para vos, porque de ese modo debéis saber ya lo que vengo á decirlos, y podéis de antemano ponerlos al abrigo.

— ¡Al abrigo!... repitió el conde con una sonrisa singular. ¿Y de qué he de ponerme al abrigo? si gustáis decirme.

— Adivinadlo, puesto que sois adivino.

— Sea. Por complaceros, voy á ahorraros la molestia de exponerme el motivo de vuestra visita. Venís á promoverme una querrela.

— ¿Sabéis eso?

— Sin duda.

— ¿Entonces sabéis con qué motivo? exclamó Felipe.

— Con motivo de la reina. Ahora os toca á vos, caballero. Continúad, que ya os escucho.

Y estas últimas palabras fueron pronunciadas, no ya con el acento cortés del huésped, ni tampoco con el tono breve y seco del adversario.

— Tenéis razón, caballero; prefiero eso, dijo Felipe.

— Entonces la cosa viene á las mil maravillas.

— Caballero, existe cierto folleto...

— Existen muchos, caballero.

— Publicado por cierto gacetero.

— Hay muchos gaceteros.

— Aguardad, ese folleto... ya nos ocuparemos del gacetero.

— Permitid que os diga, caballero, interrumpió Cagliostro con una sonrisa, que ya os habéis ocupado de él.

— Está muy bien; os decía que hay cierto folleto dirigido contra la reina.

Cagliostro hizo un signo con la cabeza.

— ¿Conocéis ese folleto?

— Sí, caballero.

— Hasta habéis comprado mil ejemplares de él.

— No lo niego.

— Afortunadamente esos mil ejemplares no han llegado á vuestras manos.

— ¿Y por qué creéis eso? preguntó Cagliostro.

— Porque he encontrado al mozo de cordel que los traía, le he pagado y le he dirigido á mi casa, donde mi criado, prevenido de antemano, ha debido recibirlos.

— ¿Por qué no hacéis vos mismo vuestros negocios hasta el cabo?

— ¿Qué queréis decir?

— Quiero decir que estarían hechos mejor.

— No he hecho mis negocios hasta el cabo, porque mientras mi criado estaba ocupado en sustraer á vuestra singular bibliomanía esos mil ejemplares, yo destruía el resto de la edición.

— Así, estáis seguro de que los mil ejemplares que venían destinados para mí están en vuestra casa.

— Estoy seguro.

— Os equivocáis, caballero.

— ¿Cómo? ¿por qué no hablan de estar en mi casa? replicó Taverney oprimiéndosele el corazón.

— Porque están aquí, respondió tranquilamente el conde arrimándose contra la chimenea.

Felipe hizo un ademán amenazador.

— ¡Ah! ¿conque creéis que yo, un adivino, me dejo burlar de esa manera? dijo el conde tan flemático como Néstor. Habéis creído haber concebido una grande idea,

pagando al mozo de cordel, ¿no es verdad? Y bien; yo tengo un mayordomo, y este mayordomo ha concebido también una idea. Yo le pago por eso, y él ha adivinado; es muy natural que el mayordomo de un adivino adivine también; de consiguiente ha adivinado que vos encontraríais al mozo de cordel y que le pagaríais; por lo mismo le ha seguido, le ha amenazado con hacerle aprontar el oro que le habíais dado; el hombre ha tenido miedo, y en vez de continuar su camino hacia vuestra casa, ha seguido á mi mayordomo hasta aquí... ¿Lo dudáis?

— Lo dudo.

— *Vide pedes, vide manus!* ha dicho Jesucristo á Santo Tomás. Yo os diré á vos, caballero de Taverney: Ved el armario y palpad los ejemplares.

Y diciendo estas palabras, abrió un armario de encina admirablemente esculpido, y en el cajón principal mostró al caballero los mil ejemplares del folleto impregnados aun de ese olor de moho que despide el papel húmedo.

Felipe se acercó al conde, pero éste no se movió, aunque la actitud de aquel fuese de las más amenazadoras.

— Caballero, dijo Felipe, me parecéis un hombre de valor; os intimo que me déis una satisfacción con la espada en mano.

— ¿Una satisfacción de qué? preguntó Cagliostro.

— Del insulto hecho á la reina, insulto de que os hacéis cómplice reteniendo aunque no fuese más que un ejemplar de ese folleto.

— Caballero, estáis verdaderamente en un error que me aflige, dijo Cagliostro sin cambiar de postura. Me gustan las novedades, los rumores escandalosos, las cosas efímeras, y hago mi colección á fin de acordarme más tarde de

mil cosas que olvidaría sin esa precaución. He comprado esta gaceta; ¿en qué veis que con eso haya insultado á ninguno?

— ¡ Vos me habéis insultado á mí!

— ¿ Á vos?

— Sí; á mí! ¿ lo entendéis?

— Palabra de honor que no lo entiendo.

— ¿ Cómo formáis tanto empeño, os pregunto, en comprar un folleto tan soez?

— Ya os lo he dicho: es la manía de las colecciones.

— Caballero, cuando uno es hombre de honor, no forma colección de infamias.

— Dispensad, caballero; yo no soy de vuestra opinión sobre la calificación de esta publicación: tal vez es un folleto, pero no una infamia.

— Á lo menos confesaréis que es una mentira.

— Os equivocáis otra vez, caballero, porque S. M.^a la reina ha estado en la sala de la cubeta de Mesmer.

— Es falso, caballero.

— ¿ Queréis decir que miento?

— No lo quiero decir, sino que lo digo.

— Pues bien; puesto que así es, os responderé solamente con dos palabras: la he visto yo.

— ¿ La habéis visto vos?

— Como os estoy viendo á vos, caballero.

Felipe miró á su interlocutor á la cara, queriendo luchar con su mirada tan franca, tan noble y hermosa contra la luminosa mirada de Cagliostro; pero esa lucha acabó por fatigarle, y separó la vista exclamando:

— Pues bien; no por eso insisto menos en decir que mentís.

Cagliostro se encogió de hombros, como habría hecho al oír el insulto de un loco.

— ¿ No me oís? dijo Felipe con sorda voz.

— Al contrario, caballero; no he perdido una sola palabra de cuanto me decís.

— Pues bien; ¿ no sabéis lo que vale un mentís?

— Sí, caballero, respondió Cagliostro; hasta hay en Francia un refrán que dice: Para un mientes hay un quitadientes.

— Pues bien; me admiro de una cosa.

— ¿ De cuál?

— De no haber visto aun vuestra mano levantarse sobre mi cara, puesto que sois noble, puesto que conocéis el proverbio francés.

— Antes de hacerme noble y enseñarme el refrán francés, Dios me ha hecho hombre y me ha mandado amar á mi semejante.

— ¿ Luego me rehusáis una satisfacción con la espada en mano?

— Yo no pago sino lo que debo.

— Entonces me daréis una satisfacción de otro modo.

— ¿ De qué modo?

— No os trataré peor que un noble tiene derecho á tratar á otro de su calidad; solo os exigiré que queméis en mi presencia todos los ejemplares que están en ese armario.

— Y yo no os lo concederé.

— Reflexionad.

— Está reflexionado.

— Me expondréis á que tome con vos el partido que he tomado con el gacetero.

— ¡ Ah, me daréis de bastonazos ! dijo Cagliostro riendo y tan inmóvil como una estatua.

— Ni más ni menos, caballero ; ¡ oh ! no llamaréis á vuestros criados.

— ¿ Yo ? ¡ pues me gusta ! ¿ y para qué había de llamar á mis criados ? Esta no es cosa que les ataña ; y yo sabré hacer bien mis asuntos por mí mismo. Soy más fuerte que vos... ¿ Lo dudáis ? Pues os lo juro. Así, reflexionadlo á vuestra vez. Si os acercáis á mí con vuestra caña, os agarro por el cuello y la cintura y os arrojo á diez pasos de mí, y eso, tenedlo entendido, lo haré tantas veces cuantas tratéis de acometerme.

— Juego de lores ingleses, es decir, juego de ganapanes. Pues bien ; sea así señor Hércules ; acepto.

Y Felipe, ebrio de furor, se arrojó sobre Cagliostro quien, tendiendo súbitamente sus brazos como dos graponos de acero, le agarró por el cuello y la cintura y lo lanzó todo aturdido sobre un montón de tupidos almohadones que guarnecian un sofá en un ángulo del salón.

Luego, después de este esfuerzo prodigioso, se volvió á plantar delante de la chimenea en la misma postura y como si nada hubiese pasado.

Felipe se levantó pálido y espumante, pero la reacción de un frío razonamiento le devolvió de súbito el uso de sus facultades morales.

Enderezóse, arregló su casaca y sus manguitos, y luego con voz siniestra dijo :

— En efecto, sois fuerte como cuatro hombres, caballero ; pero tenéis la lógica menos nerviosa que la muñeca. Al tratarme como acabáis de hacerlo, habéis olvidado que, vencido, humillado, enemigo vuestro para siempre, acaba-

ba de adquirir el derecho de deciros : Espada en mano, conde, ó si no os mato.

Cagliostro no se movió.

— ¡ Espada en mano, os digo, ó sois muerto ! prosiguió Felipe.

— Todavía no estáis bastante cerca de mí, caballero, para que os trate como la primera vez, replicó el conde, y no me expondré á ser herido por vos, ó aun muerto, como aquel pobre Gilberto.

— ¡ Gilberto !!! exclamó Felipe tambaleando ; ¿ habéis dicho Gilberto ?...

— Afortunadamente esta vez no tenéis una carabina sino una espada.

— ¡ Caballero ! exclamó Felipe, habéis pronunciado un nombre...

— Sí, un nombre que ha despertado un eco terrible, ¿ no es verdad ?

— ¡ Caballero !

— Un nombre que creáis no volver á oír jamás ; porque cuando asesinasteis á aquel pobre mozo, os hallabais solo con él en aquella gruta de las islas Azores, ¿ no es verdad ?

— ¡ Oh ! exclamó Felipe. ¡ Defendeos, defendeos !

— ¡ Si supieseis, dijo Cagliostro mirando á Felipe, cuán fácil me sería hacer caer la espada de vuestras manos !

— ¿ Con la vuestra ?

— Sí, primeramente con mi espada, si quisiese.

— ¡ Pues veámoslo... veámoslo !

— ¡ Oh ! no me expondré á ello, pues tengo un medio más seguro.

— ¡ Espada en mano, os digo por la segunda vez, ó sois

muerto! exclamó Felipe dando un brinco hacia el conde.

Pero éste, amenazado esta vez por la punta de la espada que apenas distaba de su pecho tres pulgadas, sacó del bolsillo un frasquito, lo destapó y arrojó su contenido á la cara de Felipe.

Apenas el licor tocó á Felipe, tambaleó éste, soltó su espada, giró alrededor, y cayó de rodillas como si las piernas hubiesen perdido la fuerza para sostenerle, y quedó absolutamente sin conocimiento por espacio de algunos segundos.

Cagliostro le impidió de caer por tierra enteramente, le sostuvo, volvióle la espada á la vaina, le sentó en una poltrona, aguardó á que recobrase el conocimiento, y entonces le dijo:

— Á vuestra edad no se hacen ya locuras, caballero; de consiguiente cesad de ser loco, y escuchadme.

Felipe meneó la cabeza, se estiró, sacudió el entorpecimiento que invadía su cerebro y murmuró:

— ¡ Oh! ¡ caballero, caballero! ¿ Y llamáis á eso armas de caballero?

Cagliostro se encogió de hombros, y dijo:

— No cesáis de repetir la misma frase. Cuando nosotros los nobles hemos abierto bien la boca para dejar salir la palabra « caballero, » todo está dicho. ¿ Á qué llamáis un arma de caballero? Veamos. ¿ Á vuestra espada que tan mal os ha servido contra mí? ¿ Á vuestra carabina que os ha servido tan bien contra Gilberto? ¿ Qué es lo que hace á los hombres superiores? ¿ Creéis que es esa palabra sonora « noble? » No; primeramente los hace la razón, luego la fuerza, y por último la ciencia. Pues bien; he empleado todo eso con vos; con mi razón, he arrojado vues-

tras injurias, creyendo atraeros á que me escuchaseis; con mi fuerza, he arrojado la vuestra, y con mi ciencia he apagado al mismo tiempo vuestras fuerzas físicas y morales. Ahora me resta probaros que habéis cometido dos fallas viniendo aquí con la amenaza en los labios. ¿ Queréis hacerme el honor de escucharme?

— Me habéis aniquilado, dijo Felipe; no puedo hacer un movimiento; os habéis hecho dueño de mis músculos y de mi pensamiento, ¿ y luego venís á pedirme que os escuche cuando no puedo menos de escucharos?

Entonces Cagliostro tomó sobre la chimenea un pomito de oro que tenía un Esculapio de bronce, y dijo con una dulzura llena de nobleza:

— Aspirad este pomito.

Felipe obedeció; disipáronse los vapores que oscurecían su cerebro, y le parecía que el sol, descendiendo á las paredes de su cráneo, iluminaba todas sus ideas.

— ¡ Oh, renazco! exclamó.

— ¿ Y os sentís bien, es decir, libre y fuerte?

— Sí.

— ¿ Con la memoria de lo pasado?

— ¡ Oh! sí.

— Y como tengo que tratar con un hombre de corazón y que tiene talento, esa memoria que os vuelve, me da sin duda la razón en todo lo que ha pasado entre nosotros.

— No, dijo Felipe, porque yo obraba en virtud de un principio vital, de un principio sagrado.

— ¿ Entonces qué hacéis?

— Defendía la monarquía.

— ¿ Vos defendíais la monarquía?

— Sí, yo.

— ¡ Vos, un hombre que se ha ido á América á defender la República ! ¡ Dios mío ! sed franco ; ó no es la República lo que defendáis en América, ó no es la monarquía lo que defendáis aquí.

Felipe bajó los ojos, y un inmenso sollozo estuvo á punto de despedazarle el corazón.

— ¡ Amad, prosiguió Cagliostro, amad á los que os desdeñan ! ¡ amad á los que os engañan ! pues es propio de las almas grandes el ser vendidas por sus afecciones ; es la ley de Jesús el devolver el bien por el mal. Vos sois cristiano, señor de Taverney.

— ¡ Caballero, exclamó Felipe espantado de ver á Cagliostro leer así en lo presente y en lo pasado, ni una palabra más ! porque si yo no defendía la monarquía, defendía á la reina, es decir, á una mujer respetable, inocente, respetable aun cuando no lo fuese ya, porque hay una ley divina que nos manda defender á los débiles.

— ¡ Á los débiles ! ¿ Llamáis ser débil á una reina ? Á aquella ante quien se prosternan veintiocho millones de seres vivientes y racionales ? ¡ Tontería !

— Caballero, la calumnian.

— ¿ Qué sabéis si la calumnian ?

— Lo quiero creer.

— ¿ Pensáis que ese es vuestro derecho ?

— Sin duda.

— Pues bien, el mío es creer lo contrario.

— Vos obráis como un mal genio.

— ¿ Quién os lo dice ? exclamó Cagliostro, cuyos ojos chispearon de repente é inundaron de resplandor á Felipe. ¿ De dónde os viene esa temeridad de creer que vos tenéis razón y que yo no la tengo ? ¿ De dónde esa audacia de

preferir vuestro principio al mío ? Vos defendéis la monarquía.. ¡ Y bien ; yo defiendo la humanidad ! Vos decís : Dad á César lo que es de César ; yo os digo : ¡ Devolved á Dios lo que es de Dios ! Republicano de América, caballero de la orden de Cincinato, yo os recuerdo el amor á los hombres, el amor á la igualdad. Vos holláis los pueblos para besar las manos de las reinas ; yo huello las reinas para elevar á los pueblos un grado. Yo no os turbo en vuestras adoraciones, no me turbéis vos á mí en mi trabajo. Os dejo la luz del día, el sol de los cielos y el de los corazones, dejadme á mí las tinieblas y la soledad. Comprendéis la fuerza de mis palabras, ¿ no es verdad ? como hace un momento habéis comprendido la fuerza de mi individualidad. Vos me decís : « Muere, tú que has ofendido mi culto. » Yo os digo : « Vive, tú que combates mis adoraciones. » Y si os digo esto, es porque me siento tan fuerte con mi principio, que ni vos, ni los vuestros, por más esfuerzos que hagáis, no retardaréis mi marcha un solo instante.

— Caballero, me espantáis, dijo Felipe ; quizás soy el primero de este país que, gracias á vos, entreveo el fondo de un abismo adonde corre la monarquía.

— Entonces, si habéis visto el precipicio, sed prudente.

— Vos que me decís eso, replicó Felipe conmovido por el tono paternal con que Cagliostro le había hablado, vos que me reveláis secretos tan terribles, carecéis también de generosidad, porque sabéis perfectamente que me arrojaré al abismo antes de ver caer en él á aquellos á quienes amo.

— Y bien ; yo os habré advertido, y me lavaré las

manos como el prefecto de Tiberio, señor de Taverney.

— Pues bien ; ¡ yo, yo ! exclamó Felipe corriendo hacia Cagliostro con un ardor febril ; yo que no soy más que un hombre débil é inferior á vos, emplearé con vos las armas del débil ! Os abordaré con los ojos húmedos, la voz trémula y las manos juntas ; os suplicaré me concedáis, á lo menos por esta vez, la gracia de los que perseguís. Os suplicaré por mí, por mí, ¿ lo oís ? que, sin saber por qué, no puedo habituarme á ver en vos un enemigo. ¡ Os enterneceré, os convenceré, y alcanzaré por último que no dejéis tras de mí el remordimiento de haber visto la pérdida de esa pobre reina sin haberla conjurado. En fin, caballero, obtendré, ¿ no es verdad ? que destruyáis ese folleto que hará llorar á una mujer ; lo obtendré de vos, ó juro por mi honor, por ese amor fatal que vos conocéis tan bien, que me atravesaré el corazón á vuestros pies con esta espada impotente contra vos.

— ¡ Ah ! murmuró Cagliostro mirando á Felipe con unos ojos llenos de elocuente dulzura. ¡ Ah ! ¡ por qué no son todos como vos, y yo me pondría de su parte, y no perecerían !

— ¡ Caballero, caballero ! ¡ os lo suplico, responded á mi demanda ! dijo Felipe en tono deprecatorio.

— Contad y ved si están ahí los mil ejemplares, dijo Cagliostro después de un momento de silencio, y quemadlos vos mismo hasta el último.

Felipe sintió subírsele el corazón á los labios ; corrió al armario, sacó los ejemplares, los arrojó al fuego, y estrechó con efusión la mano de Cagliostro diciendo :

— ¡ Adiós, adiós, caballero ! ¡ Gracias mil veces por lo que habéis hecho por mí !

Y dicho esto se retiró.

— Yo debía al hermano esta compensación por lo que ha sufrido la hermana, dijo Cagliostro viéndole alejarse. Luego añadió en alta voz :

— ¡ Mis caballos !